

*Martín Alonso Zarza, Francisco J. Merino Pacheco*

## **Propuestas para una política de la cordura**

*Crónica Popular*, 288, 28 de junio de 2021.

*El presente texto no pretende, obviamente, elaborar un tratado de buenas prácticas políticas. Modestamente, el objetivo es apuntar algunas consideraciones que pueden favorecer una mejora del clima político y social en nuestro entorno inmediato y un poco más allá. Lógicamente, estos planteamientos están abiertos al debate y a la crítica, desde la premisa que los alienta, la necesidad de fomentar un espacio público de respeto y de confrontación democrática de ideas.*

Estamos asistiendo en los últimos meses a un fenómeno espectacular que implica a la humanidad en su conjunto. Tras una pandemia global de efectos devastadores, millones de personas en todo el planeta –con ritmos muy distintos en función de la riqueza respectiva– están recibiendo una vacuna que ha conseguido, al menos, frenar el ritmo de transmisión de la enfermedad. Las vacunas, obtenidas en tiempo récord, han sido fruto del impulso de importantes empresas farmacéuticas, de la labor extraordinaria de científicos dedicados a su consecución, así como de la inversión de grandes sumas de dinero desde los poderes públicos para acelerar la investigación. Esta inversión y las cantidades destinadas a la compra de vacunas para que los ciudadanos puedan acceder a ellas sin coste alguno no han sido cuestionadas en ningún momento por aquellos que habían elevado la iniciativa individual, la retirada del Estado, la libre competencia y la eliminación de trabas para la empresa privada a principios indiscutibles, sacrosantos, hasta el punto de que en los tiempos previos a la crisis de 2008 su puesta en cuestión era rechazada con gruesos calificativos.

Este asunto pone de relieve algunos de los valores y criterios necesarios para afrontar los actuales problemas sociales, políticos y económicos a escala global: la importancia de la solidaridad, de la fraternidad, de la utilización de los recursos para satisfacer necesidades comunes y no intereses particulares –lo cual no quiere decir, en absoluto, que estos sean despreciables *per se*–, [i] o la conveniencia de no subordinar las opciones políticas a las construcciones ideológicas previas. Lo más duro de la pandemia ya demostró la importancia de todas aquellas personas y profesionales que dedicaban su esfuerzo al servicio de los demás, en algunos casos arriesgando incluso su salud. Una vez más, era evidente que lo más valioso no suele ser lo que más cuesta. También puso a prueba la eficacia y la fortaleza de políticas económicas que habían debilitado unos servicios públicos imprescindibles para hacer frente a un embate enorme e inesperado. Igualmente, debería servir para reflexionar sobre las ideas que han alentado opciones políticas hegemónicas en las últimas décadas. No hace falta demandar de nadie la renuncia a sus principios, pero sí recordar(nos) que cuando la realidad desmiente algunos dogmas supuestamente asentados – en particular desde la ‘revolución’ en la teoría económica de los setenta–, está bien reconocer enfoques inadecuados y corregir propuestas para orientar las soluciones que distintos agentes plantean para el avance social. Quizá una de las primeras propuestas para una política sana supondría reconocer errores o planteamientos equivocados, o que al menos no resultan adecuados para realidades cambiantes. Habría que plantear en lo personal y en lo colectivo que más importante que tener razón siempre es contribuir a mejorar la sociedad en que vivimos, o al menos el pequeño entorno que nos rodea. Este tipo

de reconocimientos permitiría limitar uno de los mayores problemas de la actualidad: la pérdida de confianza, la falta de referentes éticos en quien confiar, lo que está en la base de muchas de las convulsiones que nos sobresaltan, a su vez muy relacionadas con el sentimiento de inseguridad y desafección democrática.

En lo que sigue, desarrollaremos los siguientes apartados:

1. Más deliberación y menos lemas
2. Ni vieja ni nueva política, buena política
3. Defensa de la razón ilustrada
4. Oponerse al victimismo, proteger a las víctimas
5. Compromiso colectivo
6. Combatir el delito, compadecer al delincuente
7. No alinearse incondicionalmente
8. Distinguir diferencia y desigualdad
9. Contrarrestar la degradación de la democracia

### **1. Más deliberación y menos lemas**

Solo en un espacio público en el que se pueda deliberar libremente sobre las mejores alternativas es posible dilucidar cuáles son preferibles para la mejora de la vida en común. No deberían admitirse como principio general los argumentos *ad hominem*. No es aceptable la demonización previa del adversario. Es preciso huir de los calificativos gruesos que generalmente pretenden enmarcar la disputa –no la conversación–, adscribir al contendiente en una categoría de connotaciones negativas, y fomentar la división binaria en la que no tomar partido implica colaborar con el mal. Todo ello formulando (mal)intencionadamente unas propuestas que de entrada son incontrovertibles: el combate frente al totalitarismo, al fascismo, al estalinismo o a la intransigencia... son causas nobles. Sin embargo, no lo es utilizar arbitrariamente estas categorías para desposeer al adversario de toda consideración política y moral y renunciar, por consiguiente, a cualquier posibilidad de debate honesto entre posiciones contrapuestas. Como señala José Luis Pardo, hay que incidir en la deliberación, no en la adscripción previa del contrario a un bando rival convenientemente satanizado.

[...] Mientras que la posibilidad de denostar al contrario en la esfera pública está muy bien vista e incluso incentivada, cualquier atisbo de crítica no sectaria, o que simplemente no esté concebida en términos de denigración de alguno de los bandos en liza, ha de hacerse, si acaso, en privado, en voz baja y tras cerciorarse de que no habrá filtraciones. [ii]

Para ello hay que transitar en dirección contraria a los usos más frecuentes en los últimos tiempos: huir de la simplificación y de los mensajes rápidos y engañosos (la libertad de Ayuso, la democracia de los nacionalistas catalanes, el MAGA de Trump, el tomar control de Johnson, los menas de Vox). Sobre todo cuando se revelan insustanciales o engañosos, como en los casos citados. Por ejemplo, basar una campaña en la España de 2021 en nombre de la libertad, pese a los buenos resultados obtenidos, es un sinsentido. Si tiene algún éxito es porque la conversación política, si existe, ha quedado reducida a lugares comunes y frases que pueden ser pomposas, pero que casi siempre son huecas, cuando no plenamente falsas. Enric González lo expresa de forma gráfica: «Incluso cuando tiene razón, un fanático se equivoca». [iii]

La simplificación facilita la distorsión de las palabras y los conceptos. Y favorece el ejercicio de travestismo en el que a veces se difuminan los contornos de la adscripción política de personas o grupos. Así, la extrema derecha trasmuta sus habituales ideas fuerza sin olvidarlas (patria, orden, jerarquía, desigualdad...), incorporando innovaciones que alteran la fisonomía del colectivo. Se conforma de esta manera una combinación de modernidad y reacción –lo que asimismo fue una seña distintiva de los fascismos de entreguerras–, con apelaciones al destino manifiesto, al anticolonialismo, al nacionalismo remedial o al nacionalismo de los opulentos supuestamente amenazados. La confusión permite la utilización por parte de la extrema derecha de pensadores y militantes tan alejados en el fondo y en la forma de sus postulados como Passolini o Gramsci. [iv] De la misma manera que en los años 20 del siglo pasado un nuevo movimiento se abrió camino partiendo de presupuestos comunitarios y socialistas, en la actualidad, causas nobles están en el origen de deslizamientos obscenos, insolidarios y peligrosos; la tentación populista permite a esta extrema derecha apropiarse de la libertad –para no respetar un estado de alarma, para no pagar impuestos...–, del combate contra las élites, de la imaginada defensa de los perdedores de todas las crisis.

Combatir a la extrema derecha es difícil, como lo es combatir al terrorismo. Mientras en un lado no hay frenos políticos o morales, la defensa de la democracia y los derechos humanos requiere no sobrepasar límites infranqueables –porque franquearlos nos sitúa en su misma trinchera–. Por ello, las causas nobles deben defenderse desde la nobleza de los medios y de las personas que las ejecutan. No basta con denunciar lo inaceptable y situar correctamente los principios y los valores que se deben preservar. Si no hay adecuación entre medios y fines, si no hay una conducta ejemplar por parte de quienes se sitúan en el lado de los valores de aplicación universal, los discursos injustamente igualadores tendrán terreno abonado, se extenderán los argumentos ventajistas que pretenden que en un ecosistema donde prima el provecho propio no practicarlos es tan inútil como estúpido.

## **2. Ni vieja ni nueva política, buena política**

La caída del muro de Berlín, emblema de la implosión del llamado socialismo real, fue saludada como un hito histórico que ponía fin a una experiencia fallida. En la derecha primó la lectura de una ratificación de la superioridad de las sociedades demoliberales y capitalistas, incidiendo en la deriva que desde las políticas de Thatcher y Reagan habían desbrozado el camino al neoliberalismo más descarnado. Desde la izquierda, la perspectiva favorable que podía suponer eliminar una pesada carga capaz de lastrar cualquier alternativa emancipadora en Occidente pronto se vio defraudada; no solo porque con la caída del bloque soviético una vía –la más importante, la de mayor impacto– de superación del capitalismo quedó seriamente dañada; también la socialdemocracia, hasta entonces hegemónica en muchos países de la Europa capitalista, sufrió la erosión que afectó al conjunto de la izquierda. Desde entonces, la crisis de la izquierda no ha encontrado antidotos eficaces; la línea descendente ha provocado la casi total desaparición de las fuerzas de izquierda como alternativa de gobierno en países tan emblemáticos y con tanta tradición como Francia, Italia o Alemania. Este declive de la izquierda tradicional está teniendo consecuencias muy negativas para los sistemas políticos y, lo que es más importante, para la vida de las personas. La emergencia de nuevos partidos, aparentemente más imbricados en sectores sociales conscientes, sobre todo ente los más jóvenes, no ha supuesto una adecuada sustitución, tanto por su incapacidad para mantener apoyos amplios,

en términos electorales y de implantación social en general, como por su impericia para conformarse como alternativas superadoras de la vida política que venían a clausurar. Es posible que la búsqueda de atajos no constituya el mejor camino para recuperar coherencia, rehacer tejido social y recomponer mayorías susceptibles no solo de conseguir éxitos electorales, sino también de forjar espacios y solidaridades comunitarias en los que pueda combinarse el uso de las redes sociales con la convivencia física. No volverán los organismos de masas que construyeron las grandes organizaciones de izquierda en la posguerra europea, pero los sindicatos, las agrupaciones vecinales, los grupos ecologistas, las redes de ayuda a los inmigrantes, las asociaciones feministas, los partidos políticos – ¿por qué no?–, son tan necesarios como siempre, y su capacidad de influir en los que mandan es casi tan importante como contar con gobernantes de izquierda en las instituciones. Las redes sociales juegan un papel fundamental hoy día, pero no sustituyen la presencia física de los ciudadanos en las calles; no lo hicieron el 15M, ni en las mareas que recorrieron España en los años duros de la crisis anterior; tampoco lo hicieron con Occupy Wall Street ni con la primavera árabe. El contacto físico, el encuentro en las calles que fortalece la fraternidad va a volver, pero no por sí solo. Hay que empujarlo. La pandemia no ha hecho sino agudizar procesos ya en marcha desde hace tiempo, pero no puede ser el punto final de nada.

Si no se contrarrestan con democracia y participación, el magma fluido en el que brotan los populismos y nacionalismos avanza con poca oposición; su capacidad para impregnar el lenguaje empuja a todas las fuerzas políticas a adoptar formas que encuentran en la identidad –por afirmación o negación– su seña fundamental.

[...] Los conceptos de base de la tradición socialista han devenido sospechosos, por no decir peligrosos.

[...] Iniciada por la escuela postestructuralista, el repudio del materialismo y de la economía política ha acabado por tomar fuerza de ley en el seno de la más reciente de las capillas de esta corriente, mejor conocida hoy en el mundo académico con el nombre de estudios postcoloniales. [v]

De esta manera, el populismo tiñe los mensajes, invadiendo el discurso también de las fuerzas políticas tradicionales. El enfoque cortoplacista impulsa la adecuación a las formas rápidas y sencillas de comunicación; las redes sociales privilegian los mensajes cortos, performativos, impactantes, relegando la reflexión y el análisis sosegado a ámbitos reducidos, incapaces de llegar a una ciudadanía amplia. Los que hasta hace poco estaban al margen han conseguido no solo superar su estado de aislamiento, sino que marcan en buena medida la pauta de los asuntos a tratar y la manera de abordarlos.

Igualmente, la ausencia de un comportamiento ejemplar de los dirigentes políticos en general propicia el protagonismo de quienes se victimizan por ser objeto del necesario – pero no siempre aplicado– ‘cordón sanitario’ por el resto de opciones políticas. La combinación de esta victimización y el desprecio por las formas democráticas, irrelevantes para las ideas y los partidos de extrema derecha, favorecen un escenario ventajista para las fuerzas que participan del sistema democrático sin creer en él, sin atenerse a sus reglas y con poca voluntad de respetarlo.

El abandono de las prácticas militantes tradicionales (reuniones, proselitismo, movilizaciones), ha sido sustituido en buena medida por la intervención en las redes

sociales. Desde ellas se reproducen todos los efectos perniciosos de la acción amparada en la masa y en el anonimato: defensa de las posiciones propias como único objetivo, lo que convierte en secundarios los medios; denigración de los adversarios, insultos, acoso, subordinación del debate racional a las pasiones no siempre ejemplares. Estas formas de actuación no solo empobrecen la política, sino que reproducen mecanismos perversos; la complejidad y enormidad de los contenidos dificultan un uso racional de la información disponible. Todo ello predispone a la compartimentación, la frecuentación de los dominios propios o cercanos, impidiendo el trasvase de ideas, compartir puntos de vista, analizar perspectivas desde distintos ámbitos. La transversalidad, la buena contaminación de opiniones, pareceres y acercamientos diferentes, la interdisciplinariedad aplicada a la acción social es una práctica inexcusable si se quiere actuar en beneficio de la mejora social.

El individualismo ha prendido con tal fuerza que ha calado también entre quienes supuestamente eran portadores de proyectos emancipatorios –amplios sectores de la izquierda–. El hedonismo hippy que surgió después de la explosión de mayo del 68, con su carga positiva de mensajes liberadores y rompedores de tabúes, es un ejemplo de esta deriva que a partir de movimientos revolucionarios desemboca en resultados que enlazan extrañamente con el individualismo asociado al neoliberalismo rampante desde el otro lado del espectro.

Es necesario reponer la primacía de los principios por encima de otras consideraciones espurias. La tradicional dicotomía entre ética de la responsabilidad y ética de la convicción puede resolverse mediante una adecuada combinación de ambas, siempre que el interés personal o de grupo no sea la prioridad. No es fácil exagerar la importancia del ejemplo personal y grupal. Es difícil que una mala teoría vaya acompañada de una buena práctica, pero un mal ejemplo sí puede ser aportado por alguien con planteamientos teóricos correctos. El daño que generan la deshonestidad, la mentira, la carencia de valores, la búsqueda del poder a toda costa... va mucho más allá de la pérdida coyuntural de credibilidad de un dirigente político o de su partido. El efecto disuasorio que genera decir una cosa y hacer lo contrario es el caldo de cultivo adecuado para la proliferación de los discursos que igualan a todos los actores y desmoralizan a los ciudadanos.

### **3. Defensa de la razón ilustrada**

Las emociones y los sentimientos forman parte fundamental de la personalidad, pero la buena acción colectiva y la implicación en los problemas sociales y políticos no deben estar regidas por las emociones, absolutamente legítimas y hasta recomendables mientras no hagan daño a los demás, pero que no pueden suplantar a la razón. La herencia ilustrada debe ser preservada y fomentada. Sin ella no hay brújula que dirija el devenir de las sociedades. Es cierto que las mejores –y las peores– tradiciones políticas han ido acompañadas de símbolos y elementos de cohesión que pretendían fomentar la fraternidad y la vinculación con un grupo de referencia (lemas, himnos, banderas, canciones...). Pero la adhesión emocional puede acompañar pero no contradecir el veredicto fundamental, el que viene dado por la argumentación y la justicia de la toma de partido. Está bien indignarse por las tropelías de los poderes públicos y privados, pero la indignación no puede convertirse en la seña de identidad permanente de un movimiento.

El malestar en una sociedad no puede constituir nunca la pauta de actuación sin definirlo, configurarlo y expresarlo en forma de queja o propuesta razonada. Es la diferencia que va del 15M al *procés* iniciado en Cataluña por esos años. El malestar ciudadano y sobre todo juvenil en España tenía que ver con la crisis económica, con la manera de abordarla, con los problemas relacionados con el paro, la vivienda, las dificultades objetivas para las clases populares, con un sistema político incapaz de avances democráticos significativos. Cuestión bien distinta es la dificultad de articular propuestas capaces de concitar amplios apoyos y de transformar la protesta en alternativa real. Pero el movimiento que ahora cumple diez años partía de una impugnación del (des)orden económico y político dominante. Coincidiendo en el tiempo, en Cataluña había un malestar inducido que derivó en reivindicación soberanista por el interés de las élites nacionalistas en desactivar precisamente el 15M. Desviar el malestar ciudadano hacia objetivos ajenos al fondo de los reales problemas sociales siempre ha sido objeto del deseo de las élites, obviamente interesadas en no sufrir la rebeldía de los de abajo.

En Cataluña se ha asistido a un ejemplo palmario de esa desviación, avalada y fomentada desde la izquierda supuestamente más radical e inconformista. El cambio de agujas convierte una respuesta legítima de las clases populares hacia una sociedad más justa para todos, en una huida hacia adelante, ahora solo para aquellos depositarios de la condición de elegidos. La dicotomía vertical se convierte en horizontal, la frontera de clases deviene en otra frontera territorial, el universalismo se troca en nacionalismo. Se ha visto demasiadas veces a lo largo de la historia este cambio de agujas. Una revolución social puede ser abortada poniendo en marcha un movimiento nacionalista o religioso. El malestar social debe traducirse en propuesta alternativa de cambio para ser motivo de movilización. Esa propuesta puede transmutar de vertical en horizontal. En Cataluña, el malestar social ha devenido en proceso secesionista, pasando por todas las etapas y las modalidades del manual común de todo proceso de construcción nacional: búsqueda de lemas impactantes fundados en supuestos agravios, invención de mitos y falsos relatos, construcción de un enemigo perverso y permanentemente malintencionado –en este caso, España–, victimismo prolongado a lo largo de los siglos. Y todo ello en una de las comunidades más ricas de España, en una de las zonas más ricas del planeta, y avalado por el apoyo prácticamente incondicional de la izquierda.

#### **4. Oponerse al victimismo, proteger a las víctimas**

No siempre es fácil, pero es fundamental diferenciar victimación de victimismo. Consideramos que el victimismo define la utilización de una situación de injusticia (personal o colectiva, real o inventada) para reivindicar derechos o privilegios de los que otros no son merecedores. Funciona entre pueblos, naciones, grupos sociales, asociaciones políticas. El problema no es solo la utilización ventajista de una situación real, imaginada o exagerada, sino también el efecto pernicioso que genera al establecer agravios comparativos con víctimas reales que no hacen uso de su condición para obtener ventajas, pero que sí tienen todo el derecho a una reparación por el daño sufrido. No se es víctima en absoluto y para siempre. La condición de víctima es infligida desde un actor externo, pero no debe interiorizarse y formar parte de manera permanente de la identidad individual o grupal. La victimación asumida de manera permanente, sin solución de continuidad, es negativa para la persona y supone una fuente de tensión continua, de distorsión de la

realidad y semillero de ulteriores injusticias –Israel sería quizá el ejemplo más claro, pero ni mucho menos el único–.

No es razonable pretender que hay grupos, pueblos, naciones, permanentemente sometidos a opresión sin remedio a lo largo de la historia. Hay situaciones de injusticia, violaciones de derechos humanos, sufridas por colectivos amplios que deben ser denunciadas y reparadas en la medida de lo posible. A partir de ahí, atribuir a pueblos enteros la condición de víctimas permanentes supone un ejercicio de prestidigitación que a veces tiene un arraigo en el imaginario social, pero que tiende a responder más a un engaño que a una voluntad de reparar una injusticia.

La utilización retorcida de la memoria histórica para avalar reivindicaciones particulares – es decir, no aplicables al conjunto de los ciudadanos– no solo supone un ejercicio ventajista, sino que facilita la difusión de un discurso negacionista que, reaccionando ante la utilización perversa de la memoria, busca enterrar todas las aproximaciones al pasado que pretendan reivindicar los derechos humanos y señalar las violaciones de los mismos en épocas pretéritas. Un ejemplo gráfico: los descendientes de los colonizadores españoles de América, y, por tanto, de los responsables de la apropiación de los recursos, de la imposición de los valores y sobre todo de la explotación económica y social de los nativos americanos, no somos los españoles que hoy habitamos la península. Son, obviamente, los americanos actuales. A nadie se le ocurriría pedirles cuentas por lo que hicieron sus antepasados, pero observamos con asombro los juicios retrospectivos sobre personajes históricos, desde Colón a Hernán Cortés, acompañados en ocasiones de la retirada o la vandalización de sus estatuas. También en este tema se activa la visión parcial y sesgada de la referencia al pasado: el Ayuntamiento de Barcelona es sensible a la presencia del marqués de Comillas en las calles de la ciudad, pero no tiene inconveniente en que Sabino Arana continúe formando parte de su callejero, pese a las peticiones recibidas para su eliminación. [vi]

## **5. Compromiso colectivo**

La frase se atribuye a Marx, pero forma parte del patrimonio colectivo: «Nada humano me es ajeno». Y ello no solo por altruismo, también deben operar razones de beneficio individual. La satisfacción del bien común implica ayuda mutua; la competición no genera necesariamente más satisfacción que la colaboración. Más bien al contrario. Recuperar una moral ciudadana sana incluye potenciar valores como el altruismo, la generosidad, resaltar en definitiva la importancia de los valores positivos y de colaboración. Se ha estrenado recientemente la película de Fernando Trueba *El olvido que seremos*, basada en la obra homónima del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince. Su director hace una reflexión elemental, pero que a menudo ignoramos: la conveniencia de poner en el escaparate el ejemplo de los hombres buenos. No solo la ficción en la literatura o el cine siente más fascinación por los malos que por los buenos, también el ensayo, la historia o la filosofía estudian con mayor profundidad la maldad humana. No está de más indagar en las razones y las pautas que empujan a ciertos seres humanos a entregar su vida y sus desvelos a causas justas. Los hay, y a mayor o menor escala también abundan ejemplos de vidas ejemplares.

No se ha inventado aún un confiómetro que nos permita medir el grado de confianza que tenemos en los demás, pero sí existen muchas encuestas que preguntan a los ciudadanos de un territorio hasta qué punto se fían de los desconocidos. Y la

respuesta media está asombrosamente correlacionada con cualquier indicador de su calidad de vida, de cuán moderna es su economía a cuán generoso con los menos afortunados es su estado de bienestar. [...] Y ahí radica el gran drama de la democracia asociativa: el individualismo ha hecho que nos fiemos menos del prójimo, sobre todo si simpatiza con el partido político opuesto al nuestro. [vii]

En una época marcada por el narcisismo, los ejemplos de quienes han antepuesto el compromiso social y político al beneficio individual representan modelos de ciudadanía dignos de admiración. Frente al lugar común que pretende reducir la política a un oficio de aprovechados en busca de enriquecimiento y proyección personal, los luchadores antifranquistas, el exilio antifranquista y los pacifistas que dieron la cara –con enorme riesgo– contra ETA son muestras que rebasan fronteras ideológicas y expresan que pocas cosas pueden ser más nobles y admirables que un firme y desprendido compromiso político y moral.

No es necesario enfrentarse a situaciones tan complicadas como las citadas ni demostrar comportamientos heroicos. Basta una adecuada concepción de ciudadanía que suponga –además de la crítica que con frecuencia se ejerce frente a quienes desde puestos de responsabilidad no cumplen con sus obligaciones– la aplicación de unos principios democráticos elementales a la práctica cotidiana de cada individuo en la vida social:

[...] Muchas personas creen haber encontrado los argumentos a través del chivo expiatorio de las figuras de sus representantes, para desentenderse por completo de lo que pasa a su alrededor sin experimentar la menor mala conciencia. Por así decirlo, mientras el contenedor en llamas no sea el que está justo debajo de su balcón, para ellas no hay de qué preocuparse. [viii]

## **6. Combatir el delito, compadecer al delincuente**

Por más que en ocasiones no se entiendan sus resoluciones y que participen de los defectos y las carencias que observamos en todas las ramas de la asociación humana, el aparato judicial se presenta siempre como uno de los pilares imprescindibles de una sociedad decente. Por eso deben rechazarse los cuestionamientos generalizados, entre otras cosas porque suelen venir lastrados por la parcialidad. Y la reivindicación de la justicia incluye la eliminación de la venganza y de la búsqueda de soluciones «privadas», aunque solo se ejerzan a golpe de tuit y en el espacio virtual. Las corrientes humanistas han defendido siempre la necesidad de rehabilitar a quien incumple la ley. El combate contra el delito, incluso el más odioso, no puede suponer la eliminación de la presunción de inocencia. Hay que combatir la justicia punitiva, por eso el apoyo a las víctimas y a quienes tienen menos posibilidad de defenderse (hombres y mujeres explotados o esclavizados, minorías desvalidas, niños maltratados, mujeres agredidas...) puede y debe acompañarse del objetivo de recuperar al delincuente. El predominio de las emociones en la esfera pública, la reducción del discurso a lemas efectistas, la extensión de las redes sociales... favorecen esos espectáculos, amplificadas en los casos más extremos por la manipulación de algunos programas de televisión. Es significativo que desde la izquierda, tradicionalmente más imbuida de las corrientes humanistas que ponen el acento más en la comprensión de las razones que explican la comisión del delito que en la justicia estrictamente punitiva, se extienden en los últimos tiempos auténticos linchamientos frente a conductas que, no por absolutamente reprobables, pueden hacer olvidar los principios que han abonado el terreno



para una justicia más inclinada a la recuperación de las personas que a su castigo definitivo o indefinido. No hay pederasta, violador, terrorista, corrupto, que pueda hacer olvidar los principios de una justicia que repare y recupere.

## **7. No alinearse incondicionalmente**

Hace aproximadamente un siglo, Julien Benda publicó un libro que tuvo amplia repercusión. [ix] Sobre su vigencia en la actualidad caben pocas dudas. En él venía a criticar a los intelectuales de la época, que, olvidando su ‘deber’ de poner su inteligencia y su sabiduría al servicio de valores morales y políticos, habían antepuesto la defensa de sus propias prioridades, ya fueran la clase o la nación. Si en el siglo XX esta deriva culminó en sufrimientos y tragedias por todos conocidas, no es difícil apreciar una evolución semejante, sin que hasta el momento haya que lamentar consecuencias tan catastróficas. Pero en el horizonte aparecen sombras que hacen imprescindible la prevención. La adhesión acrítica empobrece el debate, alienta la división social y conduce a esa política de bandos que convierte las instituciones, los medios de comunicación y la esfera pública en un barrizal intransitable para la política racional. La toma de partido no debe implicar la negación de la capacidad de pensar y disentir. Debería imponerse la necesidad de comprender antes de juzgar. Junto a la denuncia de lo inadmisibles de las políticas de los Trump, Bolsonaro, Putin, Erdogan, Netanyahu y afines, o de los discursos y acciones de los Abascal, Le Pen, Otegi, Puigdemont u otros, debe ir el esfuerzo de análisis y la explicación. Hay que entender por qué determinados sujetos corruptos e inmorales consiguen apoyos amplios. La denuncia de sus propuestas puede combinarse con la comprensión de la soledad y del abandono de colectivos que se sienten perjudicados. No obstante, es fundamental distinguir las carencias reales de las imaginadas. No falta libertad en Madrid ni democracia en Cataluña. Sí que hay malestar porque las seguridades que antes se tenían han desaparecido en buena medida. En esta empresa de comprensión de lo que ocurre, hay que recuperar la importancia de los hechos. Hay realidades materiales incontrovertibles. No todo es opinable, no todo es interpretable. El fin de los grandes relatos no puede dar paso a la anomia del todo vale; todas las personas son respetables, pero no todas las opiniones.

El objetivo actual de la extrema derecha es difundir informaciones reales, pero falseadas o manipuladas, en un sentido favorable a los ideales de estos grupos, es decir, de hacerla pasar como proveniente de una fuente amiga o neutral, a fin de imponer un punto de vista, de reforzar una opinión o de debilitar a un enemigo. [x]

El no alineamiento incondicional lleva implícita la consecuencia de que los enemigos de mis enemigos no tienen necesariamente que ser nuestros amigos. Tal reduccionismo funciona de modo muy habitual en la acción política, pero debe ser abordado con enorme prudencia. Que los islamistas radicales luchen contra el imperialismo occidental no excusa que se les combata con claridad: sus prácticas, sus prédicas, su proyecto de sociedad no tienen cabida desde una perspectiva democrática y de respeto a los derechos humanos. Que la derecha española más nacionalista se enfrente al nacionalismo catalán no es razón suficiente para no apreciar los numerosos aspectos políticos e ideológicos absolutamente reprobables que anidan en la trayectoria de este último, muy visible en el proceso secesionista iniciado hace más de una década con resultados desastrosos desde cualquier punto de vista. La inacción de la izquierda española ante este nacionalismo y ante ETA forma parte de una deuda moral que habría de corregirse más temprano que tarde si no quiere cargar con un lastre muy difícil de cancelar. Aquí converge la inflación del lenguaje

binario y la descalificación global del adversario para evitar la necesaria introspección que permitiría la crítica de errores cometidos en el pasado y el abordaje del presente y del futuro con mejores credenciales. Una revisión abierta y sin prejuicios de lo que fue ETA y de lo que son sus herederos implicaría una seria autocrítica por parte de la izquierda transformadora de la posición mantenida hacia la organización terrorista. Limpiar el pasado de adherencias contaminantes permitiría abordar el futuro sin esa costosa hipoteca; llamar por su nombre a ETA y al universo político que se forjó en torno a ella no supone cambiar el juicio ni dejar de combatir a la derecha por lo que hace y por lo que dice.

La pasión religiosa, la fe ciega, reemplazan en la plaza pública a la razón y la evidencia. La política ha dejado de ser una disputa entre posiciones materialistas – más o menos impuestos o servicios sociales– para convertirse en una confrontación espiritual entre religiones, inherentemente irresoluble. El adversario político se ha transformado en un infiel. El disidente, en hereje. [xi]

Resulta paradójico que en estos tiempos líquidos, en que los grandes relatos y las ideologías compactas del pasado han dado paso a formulaciones menos rígidas y más proclives a adaptarse a las coyunturas cambiantes, la intransigencia respecto al adversario parece más extendida que nunca. No es cuestión de propugnar una simbiosis que reúna lo mejor de las grandes corrientes políticas que dominaron el siglo XX, pero sí puede ser pertinente recuperar la síntesis de Kolakovski, [xii] «Cómo ser un conservador-liberal-socialista», para comprender la necesidad de saber apreciar las virtudes de posiciones políticas diferentes, y sobre todo hacer el ejercicio permanente de entender las posiciones ajenas y no descalificarlas por principio.

## **8. Distinguir diferencia y desigualdad**

La apuesta por la igualdad no quiere decir perseguir la homogeneidad. Asimismo, el respeto de la diferencia no quiere decir que las características de cada cual deban elevarse por encima del bien común y de las medidas adoptadas en beneficio de todos. Tampoco la diferencia es meritoria *per se*. El respeto a la diferencia y a las minorías no debe convertirse en seguimiento incondicional de lo que hacen y dicen esas minorías. Cada uno tiene derecho a elegir su forma de vida, siempre que no condicione cómo la viven los demás. Sí hay principios universales. El obligado reconocimiento de las culturas discriminadas por la explotación de los países dominantes y colonizadores en su momento no puede ocultar la necesidad de respetar principios de carácter universal, válidos en cualquier tiempo y territorio. La Declaración Universal de Derechos Humanos es la base imprescindible de cualquier programa político. Nada que la contravenga puede ser aceptado como válido. Ningún rasgo particular, ninguna tradición puede prevalecer sobre los derechos universales.

Pese al ruido imperante y a las múltiples voces y ecos que dificultan la evaluación rigurosa de la realidad, no se puede perder de vista la vinculación de la desigualdad, de la injusticia, de las condiciones de vida miserables, con la crisis de las democracias, con el auge de los populismos, de esos movimientos posfascistas que recorren de nuevo el planeta, con formatos y discursos diferentes, pero que hacen obligatoria la mirada a lo que ocurría hace un siglo. No hay una conexión mecánica, como la vieja vulgata pseudomarxista pretendió en algún momento, pero sí hay una relación entre el capitalismo y la degradación de las democracias a la que asistimos. Cuando los mecanismos del mercado se sitúan por encima del respeto a la democracia y los derechos humanos, en particular los derechos sociales, no

es casualidad que los sistemas democráticos se resientan. Al igual que en los años 20 y 30 del siglo pasado, no es posible desligar las crisis económicas del desprestigio de las democracias y del auge de las extremas derechas. Resituarse el combate contra la desigualdad y las condiciones de vida inadmisibles en nuestro entorno cercano y en el conjunto del planeta debe ser una prioridad; volver a situar lo material en primer plano de la reivindicación debería ser el objetivo principal, sin que ello suponga abandonar las luchas contra todas las opresiones que siguen produciéndose. Pero la primacía otorgada a la defensa de identidades supuestamente maltratadas representa, en el mejor de los casos, una inversión de las prioridades, y en el peor, el apoyo a causas injustas.

Recuperar una jerarquización razonada de los problemas sociales y políticos a atender es una de las tareas inmediatas. En un artículo reciente, Íñigo Domínguez relataba testimonios recogidos en las llamadas «colas del hambre» engrosadas durante la pandemia con personas que nunca hubieran imaginado pasar por esa situación. Transmitía las palabras de un camarero que de cobrar 2.000 euros al mes intentaba sobrevivir con 780 del ERTE, con una esposa y una niña pequeña y teniendo que hacer frente a un alquiler de 650 euros. Hablaba este camarero de la solidaridad de los compañeros de infortunio en la cola del hambre, algunos de ellos extranjeros. Y el articulista, tras mostrar la dificultad de trasladar a la palabra escrita las impresiones suscitadas por estas vivencias, finalizaba el artículo con estas palabras: «Es que te hacen populista a la fuerza. Bastan políticos astutos que te resumen la vida en cuatro ideas y dos palabras». [xiii] Richard J. Bernstein lo resume muy nítidamente, «No existe la idea de una responsabilidad respecto a la pobreza. Incluso en el lenguaje, hemos perdido esa noción del bien común». [xiv]

Efectivamente, mientras estos episodios y otros similares sucedían en las calles de España, en medio de una pandemia que se ha cobrado decenas de miles de vidas, con millones de personas y familias directamente afectadas, el Parlamento se convertía cada semana en un espectáculo más cercano al circo que a la institución que representa la soberanía popular y en donde los diputados debaten y deciden sobre la gobernación del país. No hay, en general, un reflejo de lo que ocurre en la calle, eso es cierto, pero no lo es menos que a una parte significativa de la ciudadanía le atrae más la palabra gruesa, la descalificación, el cierre de filas en torno a los afines que el debate riguroso y serio sobre las propuestas de las distintas fuerzas políticas para hacer frente a la crisis sanitaria y económica. No podemos olvidar que la política es un reflejo de la ciudadanía; no hay que mirar solo hacia arriba. Es preciso completar la necesaria crítica a quienes tienen obligaciones que incumplen con la mirada alrededor para evaluar los problemas y abordarlos desde la raíz. El populismo cuaja allá donde hay políticos sin escrúpulos y ciudadanos prestos a aprovecharse en favor propio por encima del bien común o, simplemente, a dejarse engatusar como el cuervo por el zorro de la fábula.

Frente a discursos y prácticas con cierta capacidad de enganche, no es el lenguaje el que crea la realidad, sino la realidad la que crea el lenguaje. Al menos, el lenguaje es incapaz de crear toda la realidad. Porque llevar hasta el último extremo esta afirmación significaría hacer desaparecer lo real; y la peligrosidad de tal conclusión es evidente; si no hay realidad no hay verdad ni mentira, no hay explotación, no hay injusticia, no hay pobreza, no hay capitalismo. Todo son construcciones inventadas: en unos casos por los propios, planteando mundos deseables; en otros, por el adversario, planteando lo contrario, pero sin posibilidad de argumentar para oponerse.

Contribuir a llenar la atmósfera política de verdad demuestra una forma de entender y de proteger el funcionamiento de la democracia que renueva vínculos con ella. Tiene un enorme valor. Tanto que, en última instancia, y a la hora de un proceso electoral, siempre es mejor perder con la verdad que ganar con la mentira. [xv]

## **9. Contrarrestar la degradación de la democracia**

Hay que insistir en la vulnerabilidad de las democracias. Nada está irreversiblemente conseguido para siempre. De la misma manera que ahora hace un siglo las democracias sufrieron un trágico retroceso para dejar paso a los peores totalitarismos, no podemos dar por sentado que nuestras imperfectas democracias actuales no tienen posible marcha atrás. La tienen, y la necesaria reivindicación de la mejora de muchas de sus deficiencias no puede hacer olvidar que muchos de los derechos en ellas reconocidos son fruto del esfuerzo y la implicación de las generaciones anteriores, que constituyen conquistas muy valiosas y que por ello deben ser cuidados y preservados. Conocemos ya suficientemente la fragilidad de los supuestos oasis. Nunca un sistema, una conquista, están definitivamente consolidados. La crisis de la democracia en los años 20 del siglo XX tiene una réplica en las turbulencias actuales. Burrin lo denomina desaprendizaje de la civilización. [xvi] No es necesario llegar a los extremos del nazismo o de los movimientos totalitarios que también hoy actúan en el mundo. La civilización retrocede cuando se deshumaniza al adversario, cuando no se combaten ideas, sino a personas o a grupos. Hay una relación entre el fin de la historia de Fukuyama y el fin de la democracia que se decreta hoy en tantos laboratorios; no hay una vía recta hacia el progreso y la libertad. El viejo positivismo del siglo XIX quedó atrás; lo mismo que el fetichismo del progreso.

El término democracia no tiene competencia, [xvii] porque nadie reniega de ella, pero se asiste a un vaciado creciente de su significado. Se mantienen en casi todos los países los procedimientos electorales formalmente democráticos, pero el funcionamiento de las instituciones se resiente de una separación cada vez mayor entre gobernantes y gobernados. El retroceso en las prácticas y en las convicciones ciudadanas, que se ha puesto de manifiesto en capítulos anteriores, tiene su expresión más evidente y preocupante en los regímenes iliberales y con democracia demediada que se van extendiendo por Europa y por el mundo. Hay recetas muy simples, de aplicación inmediata y muy poco costosa. Por ejemplo, las que señala el historiador José Álvarez Junco:

Proteger la democracia exige algo más que temor e indignación: hay que empezar a exigir a los partidos respeto por las instituciones, tolerancia con los adversarios y algo parecido a la moderación. Y pedirle a la gente que no se desentienda del debate político. [xviii]

Pero tampoco en esta cuestión bastaría con lanzar la mirada lejos. Las tendencias oligárquicas denunciadas por Michels [xix] hace más de un siglo se ven reforzadas también en nuestro entorno más cercano, por el (mal)uso de los medios telemáticos. Si estos pueden servir –y en ocasiones así lo han hecho– para fomentar la participación, incentivar la expresión de opiniones, promover intervenciones en tiempo real, e incluso votar, las contraindicaciones puestas de manifiesto por James Wiliam [xx] también se revelan preocupantes en el ámbito de la participación política. La pandemia ha acentuado tendencias que se venían produciendo en tiempos anteriores. La posibilidad de votar y participar de forma telemática ha relegado el contacto directo, la deliberación, la

formulación y el debate de propuestas en el marco de las organizaciones políticas y sociales hasta casi hacerlos desaparecer. Votar sin debatir es un fenómeno que vacía la democracia y la despoja de su contenido. El ejemplo de las elecciones primarias en los partidos españoles, y de otras latitudes, es bastante revelador: el voto nominal a un dirigente, si no va acompañado de la presentación, debate y análisis de las propuestas en liza, tiene muy poco de democrático. Elegir entre personas que no tienen por qué representar alternativas políticas diferentes conduce, si no se establecen frenos consistentes, al culto al líder, a la personalización de la política, en definitiva al caudillismo, a poco que el dirigente aparezca amplio de carisma y corto de escrúpulos.

Bastó que se importaran modelos aplicados en otros países, y que los nuevos partidos los introdujeran como seña de identidad de la nueva política para que todos los demás partidos los incorporaran de forma acrítica a sus prácticas. A día de hoy, son un método molesto que se mantiene porque los estatutos lo contemplan, pero su virtualidad real es nula. Es difícil, no obstante, encontrar reflexiones sobre la deriva de algo que en su día fue celebrado como un invento inmejorable. Y la deriva de los principales partidos españoles, sobre todo los de la izquierda, que más tradición democrática atesoran, demuestra ese vaciamiento democrático en el funcionamiento interno. Las decisiones son cada vez más verticales, no hay debates, deliberaciones que permitan la participación de la militancia. Se han sustituido por los mensajes en las redes, dirigidos más al cierre de filas a favor o en contra del objetivo propuesto que a valorar las opciones en presencia ante un tema determinado. La elaboración democrática de las decisiones se ha sustituido en ocasiones por el recurso al referéndum que, en línea con los engañosos mandamientos de la inmediatez y la simplicidad actualmente predominantes, bajo la apariencia de democracia directa y resolutive, esconde numerosos problemas. La reducción a la elección binaria entre dos alternativas contrapuestas divide a la sociedad, impide soluciones negociadas y susceptibles de dar satisfacción a las mayorías reconociendo derechos y preferencias a costa de no cumplir al completo las demandas de parte. Es obvio que estas votaciones, como todas las iniciativas políticas, deben respetar la legalidad vigente, siempre que esta sea democrática, pues de otra manera no habría posibilidad de discriminar las materias, las modalidades, las condiciones, el momento en que tal procedimiento podría ser utilizado. Las consultas internas en los partidos demuestran la perversión que la apelación al voto de los inscritos puede conllevar. Se someten a votación las propuestas de las direcciones, sin posibilidad de debate, porque los procedimientos telemáticos lo dificultan, y sin que las propuestas alternativas tengan posibilidad de prosperar, dado el aislamiento que la ‘democracia *online*’ supone.

La perversión del término democracia se aprecia en diferentes ámbitos. Es muy discutible que la democracia consista en votar para romper la comunidad política, como se viene insistiendo desde posiciones nacionalistas –apoyadas por la izquierda–; todavía lo es más que la ciudadanía pueda elegir la vacuna que se aplica. La democracia requiere normas claras, aprobadas por instituciones representativas, como es obvio; no respetarlas implica romper la democracia, por más que se haga en su nombre y por medio del voto. La apelación, frecuente en determinados ámbitos, a la voluntad popular por encima de las leyes –democráticas– vigentes contiene un potencial extremadamente peligroso. No ya porque abre camino a comportamientos dudosos en nombre de ese apoyo popular siempre adaptable a los deseos del que lo invoca, sino porque introduce una dicotomía que en una democracia no puede ser más que tramposa: la voluntad popular está representada en las

leyes, si se han establecido de forma democrática. Despreciarlas no supone anteponer la voluntad popular a una constricción exterior, como a veces se presenta, sino precisamente acabar con ella y sustituirla por la voluntad de los dirigentes que se erigen en intérpretes de dicha voluntad.

La defensa de la democracia no debe quedarse en enunciados correctos. Es preciso practicarla en todos los foros, desde las organizaciones sociales y políticas a las ámbitos profesionales e institucionales. La pérdida de lo presencial en beneficio de lo virtual tiene tanto de riesgo como de oportunidad. Puede ser una manera de fomentar la participación ciudadana con poco dispendio de esfuerzos y de tiempos; pero puede contribuir, y de hecho esto es lo que estaría aconteciendo en mayor medida, a la concentración de la toma de decisiones en las manos de quienes detentan la capacidad de llevarla a la práctica.

Hay una correlación positiva entre degradación de la democracia y auge del autoritarismo: es la clave que explica el éxito de personas como Trump, Bolsonaro, Berlusconi, o, en otra dimensión, Díaz Ayuso en Madrid. Por eso es tan importante y tan preocupante el descrédito de la democracia. En los días del 15M se extendió por las plazas el lema «Lo llaman democracia y no lo es». De hecho, la salida a la calle respondía al llamamiento de una asociación cuyo nombre era Democracia Real Ya. La impugnación de la democracia realmente existente partía de la constatación, ciertamente verosímil, de que no había una verdadera representación por parte de los gobernantes del mandato de los gobernados. Diez años después, es dudoso que se haya avanzado en una mejora de los mecanismos que habrían de permitir una mayor identificación entre ambos colectivos. De la pérdida de confianza en la democracia surgen los líderes autoritarios, que en épocas de crisis emiten mensajes fáciles, engañosos y pretendidamente resolutivos, que encuentran eco en una ciudadanía que sufre los efectos económicos y sociales de las crisis, y que carece de mapas para orientarse en una sociedad cacofónica, con múltiples voces entrecruzadas y ninguna claridad en los discursos.

[...] En las sociedades estructuradas en torno al prestigio, el orden es el resultado de elementos invisibles: los valores morales, el comportamiento ejemplarizante de las élites, la confianza de los ciudadanos en los gobernantes... Si esos intangibles se deterioran, si, como está ocurriendo en la actualidad, existe una percepción de que los gobernantes no sirven a los demás, sino a sí mismos, los ciudadanos giran la vista hacia soluciones autoritarias. [xxi]

--oOo--

Comenzaba este capítulo con una referencia al logro que han supuesto las vacunas para hacer frente –y, ojalá, para erradicar definitivamente– a la covid. En el momento de escribir las últimas líneas, se difunde la iniciativa del Ministerio de Sanidad de facilitar la inoculación de la vacuna en los lugares de vacaciones a los ciudadanos que así lo requieran. Aún está por concretar su aplicación –y puede que se la lleve el viento–, pero su enunciado enlaza con algunos de los aspectos que han sido abordados. Los derechos de ciudadanía no son equiparables a los que adquiere el cliente de un establecimiento cuando paga por un producto. El cuidado y la defensa de los servicios públicos depende de las prioridades otorgadas y de los medios de que se dispone, por lo que es imprescindible una adecuada

jerarquización de las necesidades susceptibles de ser atendidas. La vacunación del conjunto de la población española implica un esfuerzo enorme, que ha de ser valorado y elogiado como merece. Las vacaciones son un derecho trabajosamente conquistado; la vacunación universal es otro avance de enormes dimensiones. Pero los derechos implican necesariamente deberes: [no es razonable subordinar la vacunación a las vacaciones de cada cual y sí lo es priorizarla frente al disfrute de las vacaciones en función de cada deseo particular]. El individualismo que se criticaba anteriormente no debería imponerse también en las decisiones de las administraciones públicas. En ese delicado equilibrio entre derechos, deberes, responsabilidad individual y responsabilidad colectiva hay que avanzar, cambiando probablemente la perspectiva imperante. [xxii] Pensar en lo común puede –y debe– ser la mejor forma de mejorar nuestra suerte y hacernos un poco más felices.

9 de junio de 2021.

---

## Notas

- i Mancur Olson, *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de grupos*, México DF, Noriega Editores, 1992.
- ii José Luis Pardo, «En defensa de la esfera pública», *El País*, 21/04/2020.
- iii Enric González, «Lo que dejará todo esto», *El País*, 07/03/2021.
- iv Jorge Tamames, «Retornos de Gramsci», *El País*, 13/03/2020.
- v Vivek Chibber, «L'universalisme, une arme pour la gauche. Contre l'obsession des particularismes culturels», *Le Monde Diplomatique*, mayo 2014.
- vi Antonio Robles, *Historia de la resistencia al nacionalismo en Cataluña*, Barcelona, Biblioteca Crónica Global, 2013.
- vii Víctor Lapuente, *Decálogo del buen ciudadano. Cómo ser mejores personas en un mundo narcisista*, Barcelona, Península, 2021.
- viii Manuel Cruz, «Como la rana en el agua hirviendo», *El País*, 30/03/2021.
- ix Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 2008.
- x <http://www.slate.fr/story/160183/politique-medias-internet-fachosphere-reinformation-banalisation-theses-extreme-droite>
- xi Víctor Lapuente, *op. cit.*, 2021.
- xii Leszek Kolakowski, «Cómo ser un conservador-liberal-socialista», *Vuelta*, 24, noviembre 1978, pp. 45-46.
- xiii Íñigo Domínguez, «La vida en dos palabras», *El País*, 07/03/2021.
- xiv Entrevista a Richard J. Bernstein, *El País*, 28/02/2021.
- xv Eduardo Madina, «De todo, quedaron tres cosas», *El País*, 08/05/2021.
- xvi Philippe Burrin, *Resentimiento y apocalipsis. Ensayo sobre el antisemitismo nazi*, Madrid, Katz, 2007.
- xvii Nieto Blanco, Carlos, *Discurso sobre la democracia*, Santander, Universidad de Cantabria, 2020.
- xviii Citado en Claudi Pérez, «Contra el desencanto», *El País*, 28/03/2021.
- xix Robert Michels, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de las democracias modernas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2017.
- xx James Williams, *Clics contra la humanidad. Libertad y resistencia en la era de la distracción tecnológica*, Barcelona, Gatopardo, 2020.
- xxi Víctor Lapuente, *op. cit.*, 2021.
- xxii Sergio C. Fanjul, «Choque entre interés individual y bien común», *El País*, 23/05/2021. «Las responsabilidades no se limitan a los gobiernos nacionales, también existen para los gobiernos

estatales y municipales, los medios de comunicación, las organizaciones sin fines de lucro,.. y llegan hasta el individuo», apunta la profesora de Políticas de Derechos Humanos en Harvard Kathryn Sikkink, autora de *The hidden face of rights. Toward a politics of responsibilities*.

---

Martín Alonso Zarza es sociólogo. Francisco J. Merino Pacheco es profesor de Geografía e Historia del IES Alberto Pico de Santander.